



### CLARA APARICIO REYES

Una mañana de 1944, Consuelo Reyes de Aparicio, madre de Clara, tomó sin querer la llamada del pretendiente Juan Rulfo. Él quería hablar con Clara, pero Clara ni lo conocía ni sabía quién era. Ante la insistencia de él, Consuelo optó por decir que ella era Clara, y así se acordó una primera cita.

Para conocer a la joven –a quien una tifoidea había estado a punto de matar pocos años antes–, Juan tardó mucho tiempo. Investigó por muchos lados. No le fue fácil dar con la dirección. Cuando por fin tocó en la puerta cancel de la casa de las calles de Kunhardt en Guadalajara, Consuelo salió a contestar, y él preguntó que qué familia vivía allí, porque él andaba investigando dónde encontrar extranjeros. Agregó que era empleado de Migración y así empezó a saber quiénes eran los Aparicio Reyes, cómo se llamaba cada uno, qué hacía. El padre de Clara jamás supo de estas visitas.

Con el lento paso de los años, Juan y su madre política llegaron a compartir la lectura de novelas rusas y mantuvieron una conversación en la que Consuelo hizo gala de amabilidad y riqueza de estilo. Entre todas las personas próximas a los parientes del escritor entrevistadas por Juan Carlos Rulfo en 1988 y 1992, es ella quien muestra la mayor vitalidad al contar y al comparar cosas, y eso que las otras también ofrecen ricos testimonios en cuanto al léxico, las mentalidades y las costumbres. Aunque no era originaria de Jalisco, Consuelo vivió en Guadalajara con su esposo y sus hijos desde 1934 y llegó a asimilar el vocabulario de la región, al cual le dio una gracia afín a la de personajes de Rulfo.<sup>1</sup>

Antes de aquella llamada –una tarde en que las hermanas Aparicio Reyes y sus amigas iban a sacar las monedas equivalentes al precio de unas nieves en “el Nápoles”–, el vendedor, don Manuelito, las detuvo:

–Ya están pagadas.

Y les describió a un joven discreto que le había dicho que todas las cuentas de ellas él las liquidaría.

Otra vez, don Agustín Aparicio Jiménez, comerciante en muebles originario de Jalapa, Veracruz, encontró a Juan y a Clara que iban cruzando juntos una calle después de que Juan la había encontrado y se había ofrecido a acompañarla.

Don Agustín le dijo a Rulfo que si quería hablar con Clara, debería ir y visitarla en su casa.

Juan, palidísimo igual que ella, sólo dijo que sí señor, sí señor, claro que sí.

El futuro novio y yerno tardó años en vencer la severidad de don Agustín, típica en los señores de aquellos tiempos.

Aun así, una vez Juan le dijo a Clara que ella era muy rica; ella le preguntó que por qué decía eso; él contestó que porque tenía a sus padres.

Juan era poco más de once años mayor.

Le gustaba repetirle un cuento sobre una flor que le pide a una nube que la refresque, porque tiene mucha sed. La nube se acerca, pero al final lo único que hace es sacarle la

#### PÁGINA ANTERIOR:

*Arboles en un paisaje. Década de 1940.*  
Foto de Juan Rulfo.

<sup>1</sup> Uno de aquellos informantes evoca a una novia de Juan en San Gabriel, llamada Aurora, hermana de Clementina, la esposa de Francisco Javier Pérez Rulfo Vizcaino. Por su parte, Gonzalo A. Reyes (1870-1944), padre de Consuelo, fue un educador originario de Jalapa que a fines del xx recibió la invitación de ir a Chihuahua para aplicar allí las novedosas doctrinas pedagógicas del suizo Enrique Rébsamen. Gonzalo llegó a ser director de distintas escuelas normales, así como director general de Educación en el estado. Fue grado 33 de la masonería y simpatizó con las ideas positivistas de los Científicos durante el régimen de Porfirio Díaz; por tales afinidades fue perseguido y estuvo a punto de ser fusilado. Se casó con la bellísima Juanita Vázquez (1869-1948), madre de Consuelo. En uno de los viajes para visitar a sus parientes de Jalapa, Consuelo conoció a quien sería su esposo, Agustín Aparicio. Consuelo nació en 1903 y murió cerca de los noventa años; Don Agustín, que era tan activo que dijo que iba a morir de pie, falleció a principios de los setenta.

Las letras de Clara le transmitían un peculiar poder de síntesis<sup>29</sup> y le confirmaban no sólo la importancia de ciertos valores estilísticos, entre ellos el muy rulfiano decir mucho en pocas palabras, sino que le hicieron concebir frases como estructuras profundas, como cauces generativos que luego pasaron a la obra: “Esa carta tuya, maye, esa carta tuya, es de las que hacen cerrar los ojos”.<sup>30</sup> La forma extrema en que Pedro Páramo manifiesta y a la vez trata de esconder su amor por Susana se da precisamente con un cerrar los ojos que, en apariencia pasivo, entraña una poderosa fuerza incommunicable. A su vez, el vocativo “maye” o “mayecita” es una variante coloquial de “madre” y “madrecita”; Juan veía en Clara la protección y la seguridad que desde niño muy pronto le habían faltado (cartas IV y XII).

Simultáneamente, Juan no quería seguir bajo la tutela del tío David: se proponía independizarse buscando casa propia; las limitaciones económicas lo detuvieron mucho tiempo.<sup>31</sup>



Juan Rulfo como excursionista. Década de 1940.  
Autorretrato de Juan Rulfo.

### EXCURSIONISMO

Junto a todo esto, él encontró en dos de sus actividades preferidas, el excursionismo y el alpinismo, una manera de no ahogarse en las pequeñeces de toda oficina y todo empleo: en ese mismo marzo se inscribió en el club “Everest” y se fue a recorrer el Ajusco, el Popocatepetl y otras cúspides de México.<sup>32</sup> Ya vimos que las alturas le abrían el horizonte de un modo que además le ayudó a conseguir uno de los logros más audaces de su literatura: el de librarse de un yo que, por narrar, lo hace al precio de imponerle al lector los propios comentarios, puntos de vista y opiniones. El hombre en lo alto está en condiciones de ver el mundo sin necesidad de verse a sí mismo. Por otra parte, en un nivel más simple, las fotografías muestran a un excursionista sociable, capaz de bromear consigo mismo al grado de disfrazarse o pintarse alguna vez la cara y ponerse cuernos de ciervo para representar una presa de caza; estamos en una de las épocas plenas de Rulfo en su vida y su inventiva. Igualmente, don Juan llegaba a contar que

había pertenecido a una brigada de rescate alpino y que él estuvo entre los socorristas que salvaron a algunos sobrevivientes en el accidente aéreo donde murió la popularísima actriz Blanca Estela Pavón, en 1949.

Entre las numerosas lecturas sobre el tema que conserva la biblioteca personal, se encuentran *Volcanes de México. La actividad del Popocatepetl*, del Dr. Atl (México: Polis, 1939); *Montañas en llamas*, de Luis Trenkel (Barcelona: Aymas, 1944); *Cumbres y llamas*, de Marco Pallis (Buenos Aires: Sudamericana, 1946), y *La escalada del Cervino*, de Edward Whymper (Barcelona: Juventud, 1947). Rulfo se había inscrito a la revista *Alpinismo*.

Por otra parte, él no debía ignorar que uno de sus autores preferidos, Fray Bernardino de Sahagún, fue de los primeros españoles en subir al Izta y al Popo.<sup>33</sup>

Entre las lecturas de geografía en la historia pueden mencionarse el clásico de Américo Vespucio, *El nuevo mundo (cartas relativas a sus viajes y descubrimientos)*, editado en Buenos Aires (Nova, 1951). Años después, Rulfo compraría *México 1823, según el panorama de Burford*, de Manuel Romero de Terreros (México: Porrúa, 1959).



Juan Rulfo disfrazado. Década de 1940.  
Foto tomada con la cámara de Juan Rulfo.

### PRIMERAS TRAZAS DE PEDRO PÁRAMO, 1947

Y, por fin, en esa época, justo el día cuando su padre cumplía 24 años de muerto, el 1º de junio de 1947, Juan mencionó por primera vez el proyecto de escribir la novela, en una carta en la que acababa de mencionar una casa que se le había aparecido en sueños; era la de los Pérez Rulfo muy cerca de la antigua fábrica de papel La Constancia, en Tapalpa:

Por otra parte, yo he estado estos días dedicado a permanecer un poco atrás de la puerta debido a lo que ya te conté, y no he hecho sino leer un poquito y querer escribir algo que no se ha podido, y que si lo llego a escribir se llamará: “Una estrella junto a la luna”.

Encontré un departamentito por la Ribera de San Cosme: es el paseo diario de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Así es de revoltoso y rugiente.<sup>34</sup>

Juan acababa de cumplir 30 años e iniciaba el tramo más trascendente de su bitácora creadora, con la mayoría de los cuentos de *El Llano en llamas* aún por escribirse, con *Pedro Páramo*, *El gallo de oro* y buena parte de la obra fotográfica y editorial aún pendientes.

Este documento ratifica que la gestación y redacción de *Pedro Páramo* duró por lo menos siete años o poco más: de junio de 1947 a julio de 1954, cuando muy probablemente Rulfo entregó el original mecanográfico al Fondo de Cultura Económica.

En ese lapso la obra pasó de ser una constelación verbal alrededor del título “Una estrella junto a la luna” a ser otra alrededor de *Pedro Páramo*, con la conocida transición intermedia de “Los murmullos”.

“Una estrella junta a la luna” no sólo remite a aquellas alturas que tanto le gustaba contemplar a Rulfo, sino que parece la traducción al español de esos topónimos del náhuatl que le gustaban. Por ejemplo, “Totolimispá” significa “pájaro junto a la luna” (de “Totol”, pájaro, “meztli”, luna, y “pan”, en o sobre): si tradujéramos el título original de la novela a la lengua de sustrato y de cultura indígena más importante de México, tendríamos aproximadamente un “Citlalmispá”, topónimo virtual de la obra en su fase embrionaria.

Victor Jiménez apunta que, en la tradición náhuatl, la estrella junto a la luna al caer la tarde no es sino Xólotl, una de las encarnaciones de Quetzalcóatl. La luz de la estrella vespertina es la única que permite a los muertos salir y confundirse con los vivos. De Xólotl se deriva el nombre de Cholula, ciudad sagrada que Rulfo captó en numerosos negativos. Al comienzo de la novela Juan Preciado evoca Sayula llena de vida mientras camina por Comala justo cuando la ilumina el último sol:

Ahora estaba aquí, en este pueblo sin ruidos. Oía caer mis pisadas sobre las piedras redondas con que estaban empedradas las calles. Mis pisadas huecas, repitiendo su sonido en el eco de las paredes teñidas por el sol del atardecer.<sup>35</sup>

29 *Idem*, p. 230.

30 *Idem*, p. 62.

31 *Idem*, carta del 14 de julio de 1947, p. 128.

32 *Idem*, p. 63.

33 José Luis Martínez, “Fray Bernardino de Sahagún y sus informantes indígenas. Vida y obra”, p. XIII.

34 *Idem*, p. 101.

35 *Pedro Páramo*, p. 20.